

LA REVISTA *LIBRE*, VÍCTIMA DEL “CASO PADILLA”

Hassan Arabi*

Universidad Mohamed I (Marruecos)

✉ h.arabi@ump.ac.ma

Recibido: 11 de septiembre de 2018

Aceptado: 29 de marzo de 2019

Resumen: La presencia masiva de intelectuales latinoamericanos instalados en la capital gala fue un hecho notable. París se transformó en un espacio para la libre expresión, un espacio de reivindicaciones políticas de muchos intelectuales que habían elegido el exilio para luchar por sus ideales. Muchos latinoamericanos y, en menor medida, españoles ganaron notoriedad en todo el mundo. La revista *LIBRE*, publicada durante un tiempo relativamente corto en los años setenta, nació como portavoz de un conjunto de intelectuales políticamente heterogéneo. En el presente trabajo, arrojaré la luz sobre las divergencias y los choques entre ellos en cuestiones políticas, sobre todo ante el caso del poeta cubano Padilla, arrestado por el régimen. Pronto se dividieron en dos grupos enfrentados abiertamente.

Las grandes figuras del llamado *boom* latinoamericano forman parte de esta lista de escritores que han contribuyeron a la revista: Julio Cortázar, Lezama Lima, Mario Vargas Llosa, García Márquez, Carlos Fuentes, Brice Echenique, o los españoles Luis y Juan Goytisolo, son solo algunos ejemplos del gran número de intelectuales exiliados en París. La mayoría, si no todos ellos, participó del debate en torno al “caso Padilla”.

* El autor es Profesor titular de Hispánicas en la Universidad Mohamed I (Marruecos), autor de varias publicaciones, libros, ensayos, artículos académicos, y publicaciones periodísticas en periódicos de reconocido renombre (El País, El Mundo, La Razón, Público, ABC). Conferenciante en varios países como EE. UU, Chile, Grecia, Francia, España, Rumania y Marruecos. Miembro del Centro de Investigación CEMIRA (U.C de Madrid), Vicepresidente del Centro de Estudios para la Nueva Civilización (España), Presidente de ONG (ASISI) durante más de 12 años, motivo por el cual fue nombrado miembro del Observatorio Contra el Racismo y la Intolerancia de la CAM, y vocal del Foro del Ayuntamiento de Madrid para las Migraciones. Fue nombrado profesor honorífico del Departamento de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Es colaborador de la Revista de análisis político EL SIGLO.

Palabras clave: Revista Libre; Caso Padilla; intelectuales; Cuba; Latinoamérica

Abstract: The massive presence of Latin American intellectuals in the Gallic capital was an intriguing phenomenon. Paris turned into a place for free expression, a place for political vindication of many intellectuals that had chosen exile to fight for their ideals. Many Latin American –and, to a lesser degree, Spanish– intellectuals gained global notoriety. The magazine LIBRE, published for a relatively short time in the seventies, was born as mouthpiece for a politically heterogeneous group of intellectuals. In this paper, I will shed some light on the divergences and clashes among them, mostly around the affair of the Cuban poet Padilla, imprisoned by the regime. Soon they divided into two openly opposed groups.

The great figures of the so-called Latin American Boom form part of the list of writers that contributed to the magazine: Julio Cortázar, Lezama Lima, Mario Vargas Llosa, García Márquez, Carlos Fuentes, Brice Echenique, or the Spaniards Luis and Juan Goytisolo, are just some examples of the great number of intellectuals exiled in Paris. Most, if not all of them took part in the debate around the Padilla affair.

Keywords: Libre magazine; Padilla affair; Intellectuals; Cuba; Latin America

I. Introducción

Los años sesenta y setenta del siglo pasado fueron testigos de la aparición de muchas dictaduras en el mundo. La falta de libertades, la violación de los derechos humanos, era la tónica generalizada y una práctica usual de unos regímenes autoritarios, que hacen todo lo posible para silenciar las voces opositoras que reclaman apertura política y participación ciudadana en las labores del estado. Fue una época donde el mundo estaba dividido, ideológicamente, en dos partes antagónicas, pero similares en la práctica política contra sus pueblos. Por una parte, existía el eje occidental, supuestamente defensor de las libertades y la democracia, tutelando la mayor parte de las dictaduras militares en todo el mundo. Gran parte de dichas dictaduras tuvieron lugar en América Latina y en África, aunque

también las hubo en Asia y algún que otro caso en Europa, como el caso del Caudillo Francisco Franco Bahamonde en España. Por otra parte, existía el eje oriental, aparentemente defensor de los pueblos y de su liberación contra la alienación capitalista norteamericana y sus regímenes afines en Europa occidental. Allí se incluía el régimen comunista soviético, en su cara más deformada por el estalinismo, tutelando la oligarquía del partido único con una visión unidireccional que pone al ser humano en un callejón sin salida, privándolo de toda libertad y convirtiéndolo en cautivo de un sueño marxista jamás conseguido en la práctica política desde la revolución de Lenin en 1917.

Dos ejes y un solo destino para los países que se veían obligados a buscar refugio bajo la tutela de uno o de otro bando. Pocos países se salvaron de la imposición dictatorial de las dos potencias mundiales que dividían el mundo y lo administraban bajo sus prismas ideológicos y sus intereses económicos. Los países que tenían la hegemonía internacional hasta la Segunda Guerra Mundial, tomaron postura a favor del eje americano, como consecuencia de su ayuda contra el peligro del nacionalsocialismo alemán liderado por Adolfo Hitler.

Al terminar la guerra, los países recién emancipados fueron presas fáciles para caer en manos de uno de los dos gigantes internacionales. Una hazaña que dependía, principalmente, de la habilidad y de la eficacia de los servicios secretos de las dos potencias rivales y de sus antenas satélites en todo el mundo. Eran tiempos difíciles para mantenerse relativamente al margen de un conflicto global, donde la ideología y la economía eran sus verdaderos baluartes. América Latina, considerada como el patio trasero de los Estados Unidos, fue escenario de muchas incursiones e intervenciones militares estadounidenses, so pretexto de proteger a estos países del peligro comunista. Habrá que hacer cualquier cosa para que una eventual guerra ocurriera lejos del territorio americano. De allí, el proyecto de Washington en América latina, que consiste en ayudar a cualquier régimen autoritario que lucha contra las aspiraciones revolucionarias latinoamericanas. La llegada del régimen revolucionario a Cuba en 1959, era un descuido imperdonable para las administraciones norteamericanas. El nuevo gobierno cubano, liderado por el comandante Fidel Castro, fue un modelo de lucha contra el imperialismo que tuvo consecuencias en todo el continente. La Revolución emprendida por el “Che”, extendió sus tentáculos

en cada parte del mundo latino y aquello inquietó bastante a las sucesivas administraciones norteamericanas. Habría, pues, que asfixiar al régimen cubano y acabar con sus aspiraciones de lucha y expansión universalista. Un par de años después de la llegada de Casto al poder en Cuba, y en plena guerra fría, llegó la crisis de los misiles y las dos potencias nucleares estuvieron a punto de entrar en una guerra planetaria cuyas consecuencias eran imprevisibles. Estados Unidos se sentía amenazada muy de cerca, motivo por el cual el presidente Kennedy reaccionó de una manera contundente, bloqueando la isla y amenazando con invadirla. Finalmente, las líneas del diálogo abiertas entre americanos y soviéticos acabaron dando su fruto: la retirada de los misiles de Cuba a cambio de declarar acabado el cerco a la isla.

Desde entonces, Cuba fue el enemigo número uno para las sucesivas administraciones americanas. Fue un error de cálculo que no querían repetir en cualquiera de los puntos del continente y así lo demostrarían en Chile, acabando con las aspiraciones populares chilenas y con la vida del presidente electo Salvador Allende. Diez años después de la crisis de los misiles, la revolución se sentía amenazada con el bloqueo americano, y la práctica política del gobierno revolucionario cubano se mostró algo agresiva para con las personas que criticaban sus modos de gobernar. Se desataba un debate que ponía en tela de juicio la capacidad de resistencia de la Revolución cubana frente al acoso de las incursiones imperialistas norteamericanas y aparatos afines. Asimismo, se cuestionaba el modelo cultural impuesto por el régimen del primer ministro de la revolución, Fidel Castro, y sus maneras proteccionistas en todos los aspectos de la vida en la isla.

Con todo este acontecer, en París fue creada una revista por los intelectuales de muchos países que habían elegido vivir en el exilio. Muchos de ellos eran destacados intelectuales latinoamericanos. Nace la revista llamada *Libre* y fue apoyada, esencialmente, por la mayoría de los escritores del *boom* latinoamericano, así como también por muchos escritores españoles exiliados en París, junto a otras voces francesas que creían en la revolución socialista para la creación de una sociedad educada, equitativa, justa y libre. Una revista que aparece para apoyar a los pueblos de Latinoamérica en su lucha para superar los sufrimientos de sus dictaduras

y, sobre todo, para plantar regímenes similares al modelo cubano, que fue una experiencia a seguir para el resto del continente.

La balcanización latinoamericana, mantenida a toda costa por el imperialismo y los regímenes a su servicio, hace que ninguna revista publicada en un país latinoamericano llegue en cantidades apreciables al público de otros países, confiamos que la fórmula de Libre permita propagar ampliamente la obra de nuestros escritores. (Libre 1990, 2)

II. Biografía de la revista *LIBRE*

La revista *Libre*, revista crítica, trimestral del mundo de habla española; así aparece definida en su primera página.

Libre fue publicada por *Editions Libres S.A.*, dirigida por Albina Boisrouvray, conocida productora cinematográfica, especializada en películas de vanguardia política y artística. Albina, hija de una familia adinerada que hizo fortuna en las minas de Bolivia, compartía los ideales de la revista y decidió apoyarla, sin condiciones ni compromisos, según afirmaba Apuleyo en la introducción.

La oficina de información de la revista se situó en París, número 26, Rue de Bièvre. En esta dirección tuvo lugar, durante su breve existencia (1971-1972), esta revista cultural y política del exilio español y latinoamericano fundada en París, símbolo de la resistencia hispana en territorio francés. Pudo contar, además de los hermanos Goytisolo, con Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Jorge Semprún, Gabriel García Márquez o Severo Sarduy entre otros muchos intelectuales de reconocido nombre.

La revista⁵¹ tuvo una vida muy corta. Desapareció al cumplir un año y con cuatro números publicados en su haber. Su Jefe de redacción fue el colombiano Plinio Apuleyo Mendoza, amigo y paisano del escritor Gabriel García Márquez quién, por recomendación suya, finalmente en el año 1971, Plinio será nombrado como director de la revista Libre, en París, cuyos

⁵¹ LIBRE. Revista de Crítica Literaria. París, 1971-1972. Colección completa (4 números). Edición facsímil. Jefe de redacción: Plinio Apuleyo Mendoza

colaboradores serán sus amigos Gabriel García Márquez, Juan Goytisolo, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, y otros nombres conocidos de las letras hispanas. Cada número tenía un director: Juan Goytisolo; Jorge Semprún; Teodoro Petkoff y Adriano González León; Mario Vargas Llosa. Colaboraban: Vargas Llosa, Cortázar, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Carlos Barral, García Márquez (entrevista), Borges (entrevista), Gil de Biedma, José Emilio Pacheco, etc.

El **primer número** apareció en el trimestre: septiembre, octubre y noviembre de 1970 y contó con 51 colaboradores.⁵² El director de este número fue el escritor español Juan Goytisolo.

El **segundo número** correspondía a los meses de diciembre, enero y febrero. (1971-1972). El director de este número fue Jorge Semprún donde aparecen 60 colaboradores. Desaparece el nombre del escritor Wifredo Lam, respecto al número anterior, y aparecen otros 10 autores que son: Freddy Muñoz; Juan Nuño; Nélida Peñón; Marta Traba; Saúl Yukievich; Fernando del Paso; Ernesto Cardenal; Fernando Claudin; Darwin Flakoll; Jaime Gil de Biedma.

El **tercer número** correspondía al trimestre de marzo, abril y mayo de 1972. La dirección de este número fue compartida entre Teodoro Petkoff y Adriano González León. Han desaparecido tres autores respecto al segundo número que son: Ariel Dorfman; Juan Gelman Antonio Skarmeta, y han aparecido otros tres que corresponden a Pompeyo Márquez, Julio Ortega y Freddy Téllez, sumando un total de 60 colaboradores.

⁵² Los colaboradores del primer número son: Claribel Alegría, Rubén Bareiro Saguier, Carlos Barral, Albina de Boisrouvray, Alfredo Bryce; Italo Calvino, José María Castellet, Antonio Cisneros, Julio Cortázar, José Donoso, Ariel Dorfman, Carlos Droguett, Jorge Edwards, Hans Magnus Enzensberger, Carlos Fuentes, Carlos Franqui, Gabriel García Márquez, Salvador Garmendía, Juan Gelman, Jean Jenet, Adriano González León, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, José Agustín Goytisolo, Rodolfo Hinostroza, Noé Litrik, Roberto Juarroz, Wifredo Lam, Enrique Lihn, Luis Loayza, Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Monsiváis, Daniel Moyano, José Miguel Oviedo, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Teodoro Petkoff, Sergio Pitlor, Ángel Rama, Julio Ramón Ribeyro, Vicente Rojo, Severo Sarduy, Jorge Semprún, Susan Sontag, Antonio Skarmeta, Nicolás Suescún, Antoni Tapiés, Francisco Urondo, José Ángel Valente, Mario Vargas Llosa, Manuel Vásquez Montalbán.

El **cuarto y último número** correspondía a los meses de junio, julio y agosto de 1972, cerrando así un año y un ciclo muy corto pero intenso en cuanto a debates políticos. Este número aparece bajo la dirección del escritor peruano, Mario Vargas Llosa. En este número dejan de aparecer los nombres de Julio Cortázar y Francisco Urondo, y aparecen dos firmas nuevas que corresponden a J. G. Cobo Borda y Jean Paul Sartre. El número de colaboradores no variaba, seguían siendo 60.

Con cuatro números en su haber, la revista *Libre* tuvo que abandonar la escena, dejando atrás un vacío literario que pretendía llenar con firmas relevantes de pensadores de todo el mundo.

Sin duda, la brevedad de la experiencia de Libre -tan sólo se editaron cuatro números- impidió que la publicación tuviera la misma función institucional y reguladora que en el sistema literario latinoamericano cumplieron, con variados criterios e intereses, Mundo Nuevo, Casa de las Américas o Marcha, revistas todas ellas decisivas en la expansión internacional que tuvo lugar en la década de los sesenta. (Sánchez 2005, 30)

III. La revista Libre: La ilusión de un proyecto en el exilio que pretendía Combinar Literatura y política.

Desde su primera página, *Libre* reclama una legitimidad ideológica. Los escritores que colaboraban en la revista no lo hacían por un afán, exclusivamente, literario. Las circunstancias de sus países y del contexto internacional exige de ellos algo más que ser buenos escritores. Sus pueblos les reclaman para ser sus portavoces políticos y, por ello, se agrupaban alrededor de un proyecto en la capital francesa. Las intenciones de la revista se anuncian en su primer número con un tono claro y conciso que no deja lugar a interpretaciones y comentarios:

la simple lectura de este primer número de libre puede ser más ilustrativa que cualquier declaración razonada de intenciones: Cuando una revista reúne a escritores como los que firman estos trabajos y como los que han de colaborar en números venideros su propósito no puede prestarse

a equívocos ni a interpretaciones apresuradas. Las circunstancias existentes en América latina y en España reclaman con urgencia la creación de un órgano de expresión común a todos aquellos intelectuales que se plantean de modo crítico la exigencia revolucionaria. (Libre 1990, 2)

Era evidente que los intelectuales de distintas partes del mundo, instalados en París, estuvieron allí por falta de libertades y por la injusticia social que vivían sus pueblos. París era símbolo de apertura, de libertad, de bienestar y de justicia. La capital gala era portadora del lema de *Libertad, Fraternidad e Igualdad* y estos escritores querían llevar este sueño a sus lares, allá en América latina, o incluso en la vecina España que seguía bajo el régimen de la dictadura franquista. Fue una paradoja de difícil explicación, lo de aquella mayoría de intelectuales que sabían que Francia nunca fue comunista ni fue gobernada por un partido único en todo el siglo XX y desde allí reclamaban su ideal revolucionario.

Los escritores agrupados en torno a Libre se proponen defender las aspiraciones liberadoras de la época en que vivimos, y en su búsqueda de la más alta libertad intelectual y estética modelada por el ideal revolucionario, someter iglesias y sistemas a una crítica necesaria y purificadora. (Libre 1990, 3)

En la misma introducción de LIBRE, edición facsimilar, realizada por el que fue jefe de redacción de la revista, Plinio Apuleyo Mendoza, en el año 1990, manifestaba que “Libre iba más allá de un proyecto literario: pretendía sumir también un compromiso político” (Libre 1990, 9).

Los tiempos que corrían olían a ideología y obligaban, por lo tanto, a los intelectuales tomar posición. La mayoría de los escritores y colaboradores de *Libre*, eran escritores comprometidos con sus pueblos y apoyaban las revoluciones de los pueblos para entablar justicia social; pero no todos compartían los modos de hacer política de algunas revoluciones que no admitían críticas. Estas divergencias políticas eran evidentes dadas las circunstancias y procedencias de muchos escritores. A eso, hay que señalar que los expertos en política internacional, intuían o sabían de una decadencia económica en el eje soviético que no tardaría mucho en explotar y dejar en evidencia su modelo político-económico. Algunos colaboradores

de *Libre*, apoyaban la revolución cubana en Latinoamérica, otros le eran afines con ciertas reservas acerca de su política “estalinista”. *“Apenas Libre publicó su primer número, en septiembre de 1971, se hizo evidente que sus colaboradores no compartían una misma visión política”* (Libre 1990, 9).

La creación de este proyecto ambicioso en unos años decisivos de la historia de España y América Latina, tenía todos los ingredientes para convertirse en una de las revistas más prestigiosas del mundo, debido a las grandes firmas que alberga en cada número. Sin embargo, lo que fue una iniciativa común frente al imperialismo internacional, se convirtió en un debate interno entre revolucionarios de todo tipo y procedencia. Acusaciones y contra acusaciones entre los propios colaboradores era una señal de que algo está pasando en el seno de la familia revolucionaria. Lo que fue un compromiso para luchar contra el imperialismo y la injusticia se convirtió en una disputa contra los intelectuales cubanos y afines al régimen cubano.

El propósito fundamental de la revista Libre (París, 1971-1972), disputar con los intelectuales cubanos, sus instituciones y aliados, la legitimidad estética e ideológica que autoriza la definición del rol de la literatura y del intelectual, fue sin duda demasiado ambicioso. (Gilman 1996, 11)

IV. El “Caso Padilla” y la explosión del proyecto *LIBRE*

Los años de la Guerra Fría provocaron una tensión extrema entre los defensores de un bando y de otro. En América Latina, el régimen cubano aguantaba las consecuencias del asedio americano que le hacía a su economía. La maquinaria publicitaria americana hacía todo lo que estuviera a su alcance para denigrar la revolución y sus logros, y esto inquietaba al régimen cubano y le hizo perder los nervios con las personas que muestran cualquier crítica a sus métodos de gobernabilidad. Se perseguía a los intelectuales y les sometía a arrestos e interrogatorios dignos para ser equiparables a las dictaduras latinoamericanas. La detención del poeta cubano Heberto Padilla, por sus críticas permanentes a los excesos del

régimen de Castro, provocó un debate intenso entre los intelectuales dentro de América latina y en el exilio europeo.

La sorprendente confesión de Heberto Padilla, en su intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (U.N.E.A.C.), en su versión taquigráfica transmitida por Prensa Latina. Fue una larga intervención donde Padilla reconoció no estar a la altura de la Revolución, y que fue un falso revolucionario, mostrando su arrepentimiento a todo lo que, supuestamente, había hecho incorrectamente.

Yo, bajo el disfraz de un escritor rebelde, lo único que hacía era ocultar mi desafecto a la revolución. Yo decía: ¿era esto realmente un desafecto? Yo lo discutía en Seguridad. Y cuando yo vi el cúmulo de actividades, el cúmulo de opiniones, el cúmulo de juicios que yo vertía con cubanos y extranjeros, el número de injurias y difamaciones, yo me detuve y tuve que decir realmente: esta es mi verdad, este es mi tamaño, este es el hombre que yo realmente era, este es el hombre que objetivamente trabajaba contra la revolución y no en beneficio de ella, este el hombre que cuando hacía una crítica (...) con mala intención. (Libre 1990, 97)

El discurso de confesión en la U.N.E.A.C., fue agresivo llegando a declarar que se sentía avergonzado por su traición a la revolución.

Yo he criticado cada una de las iniciativas de nuestra revolución. Es más, yo he hecho una especie de estilo de la agresividad. Yo me siento avergonzado y tenía necesidad de hablar con mis amigos... (Libre 1990, 98)

La supuesta confesión no paraba allí. Las críticas dirigidas a su persona fueron realmente chocantes para sus amigos. Padilla, además, aprovechó para dar consejos a sus compañeros para que recapaciten y sigan sus pasos, reconociendo que lo que están haciendo es un acto antirrevolucionario. El mensaje fue dirigido, especialmente, a su paisano Guillermo Cabrera Infante.

A mi me gustaría que Guillermo Cabrera Infante no fuera un contrarrevolucionario, y me gustaría que su talento estuviera al servicio de

la revolución. Pero como decía Martí, la inteligencia no es lo mejor del hombre. (Libre 1990, 99)

El mensaje fue recibido por los intelectuales europeos y latinoamericanos con mucha indignación y todos, excepto algunos casos, han considerado que Padilla fue obligado a leer un escrito preparado por la Seguridad del Estado Cubano. Un paso, para todos ellos, inquieta bastante a los que siguen creyendo en la revolución. Por iniciativa del escritor español Juan Goytisolo y del argentino Julio Cortázar, los miembros de *Libre* decidieron publicar en el diario *Le Monde* una carta dirigida al líder de la Revolución cubana Fidel Castro, en la que protestaban por el arresto del poeta. Bajo la coordinación de Plinio Apuleyo Mendoza y del propio Juan Goytisolo, el texto final fue firmado por los escritores latinoamericanos y, también, por escritores españoles en el exilio y por escritores franceses como el filósofo Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, del italiano Alberto Moravia y de la norteamericana Susan Sontag por citar unos cuantos ejemplos; un total de 54 intelectuales⁵³ de gran calibre internacional, firmaron una carta dirigida al primer Ministro Fidel castro pidiéndole aclaración del tema y mostrándole su inquietud por las maneras de atentar contra la libertad de expresión y de crítica, por parte del régimen de la revolución.

Otros escritores, sin embargo, no querían sumarse para firmar la carta. El caso de García Márquez era notorio y hacía visible una posible división entre los intelectuales que se agrupaban alrededor de *Libre*.

⁵³ Los firmantes de la primera carta dirigida al Comandante Fidel Castro son: Valerio Adami, Eduardo Arroyo, Rubén Bareiro, Carlos Barral, Simone De Beauvoir, José María Caballero Bonald, Ítalo Calvino, Jorge Camacho. José María Castellet. Fernando Claudín, Julio Cortázar, Jean Daniel, Marguerite Duras, Hans Magnus Enzensberger, Jean Pierre Faye, Francisco Fernández Santos, Carlos Franquí, Carlos Fuentes., Juan García Hortelano, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Rodolfo Hinostroza, Henza, Alain Jouffroy, Monique Lange, Gherasin Luca, André Peyre de Mandiargues, Joyce Mansour, Juan Marsé, Dionys Mascolo, Plinio Mendoza, Alberro Moravia, Maurice Nadeau, Luigi Nono, Helene Parmelin, Octavio Paz, Anne Philippe, José Pierre, Pignon, Jean Pronteau, Rebeyrolles, Rossan Rossanda, Francesco Rosi, Caude Roy, Jean Paul Sartre, Jorge Semprún, Jean Shuster, Susan Sontag, José Angel Valente, Mario Vargas Llosa, Emilio Vedova, Michel Zimbacca.

[E]l caso Padilla dividió en dos bandos a los escritores del *boom*. De un lado quedaron García Márquez y Cortázar, quienes siguieron apoyando a Castro, y del otro, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Goytisolo.” (Barrios 2010 s/p)

La rigidez del régimen cubano y sus reacciones frente a las críticas se veía ya desde los primeros años del embargo americano ejercido sobre la isla. Las advertencias venían justo desde dentro, de los hombres más emblemáticos de la revolución latinoamericana que ayudaron a entablar la revolución en Cuba. En el año 1962, en una conferencia pronunciada por el Che en la habana, advertía del posible sectarismo político y sus negativas consecuencias sobre el futuro del socialismo.

(...nosotros somos mucho más culpables, dirigentes del gobierno, con la obligación de ser perspicaces, pero anduvimos por ese camino que se ha llamado sectario, estúpido; el camino de la separación de las masas, el camino de la ligación rígida a veces, de medidas correctas a medidas absurdas, el camino de la supresión de la crítica, no solamente de la supresión de la crítica por quien tiene legítimo derecho de hacerlo, que es el pueblo, sino la supresión de la vigilancia crítica por parte del aparato del partido que se convirtió en ejecutor y al convertirse en ejecutor perdió sus características de vigilancia, de inspección. Eso nos llevó a errores serios económicos, recuérdese que sobre la base de todos los movimientos políticos está la economía y nosotros cometimos errores económicos, es decir, fuimos por el camino que al imperialismo le interesaba. (Guevara 1969, 462)

La carta dirigida al comandante Fidel Castro, por parte de los intelectuales, pidiendo explicación sobre el “caso Padilla”, alerta sobre la posible “reaparición” del sectarismo en Cuba. Una manera de entender que este tipo de sectarismo ya se produjo antes y tuvo que desaparecer en algún tiempo. La política internacional del momento exige cambios y esconde motivos que hacen desaparecer o aparecer unas prácticas determinadas en el seno de la política del régimen de la revolución. La carta fue muy corta y

concisa, donde se le recuerda a Fidel lo que en su momento avisó el Che Guevara sobre la supresión del derecho a la crítica.

Dado que hasta el momento el gobierno cubano no ha proporcionado ninguna información sobre el asunto, el hecho nos hace temer la reaparición de un proceso de sectarismo más fuerte y peligroso que el denunciado por usted en marzo de 1962, y al que en más de una ocasión hiciera referencia el comandante Che Guevara cuando denunciaba la supresión del derecho a la crítica dentro del marco revolucionario. (Libre 1990, 95)

La respuesta no tardó en llegar, a través de un duro discurso de Fidel Castro, donde se dirigía con un tono serio y cargado de acusaciones a los escritores, llamándoles de seudoizquierdistas y agentes de la CIA. El comandante no admitía que equiparen sus modos de gobernar al “stalinismo” porque según él, la mayoría de los firmantes de la carta están viviendo el lujo muy lejos de los problemas de los latinoamericanos.

...a los **seudoizquierdistas** descarados que quieren ganar laureles viviendo en París, Londres, Roma. Algunos de ellos son latinoamericanos **descarados** que, en vez de estar allí en la trinchera de combate, en la trinchera de combate, viven en los salones burgueses a diez mil millas de los problemas, usufructuando un poquito de la fama que ganaron cuando, en una primera fase, fueron capaces de expresar algo de los problemas latinoamericanos. (Libre 1990, 120)

“Seudoizquierdistas”, “descarados”, “burgueses y libelistas”, “agentes de la CIA” y de las inteligencias del imperialismo. Son todos calificativos que expresan el enfado monumental del comandante con el grupo de escritores que le envió la carta pidiéndole aclaraciones acerca del caso Padilla. La presión norteamericana por un lado y la crítica de los propios intelectuales que, hasta hace poco tiempo, eran amigos de la revolución, le hizo perder los estribos a un comandante que se sentía acorralado y tenía que atrincherarse y defenderse como sea para justificar sus políticas “revolucionarias”, creando otros enemigos innecesarios para los intereses del socialismo en Cuba.

Ya saben señores intelectuales burgueses y **libelistas** burgueses y agentes de la CIA y de las inteligencias del imperialismo, es decir, de los servicios de inteligencia, de espionaje del imperialismo: en Cuba no tendrán entrada ¡no tendrán entrada! Como no se la damos a U.P.I. y a A.P. ¡Cerrada la entrada indefinidamente, por un tiempo indefinido, y por tiempo infinito! (Libre. 1990, 120)

Con otros calificativos más duros fueron acusados los firmantes de la carta, en una declaración del Congreso Nacional de Educación y Cultura cubano que no fue para menos. **“Estos fariseos”, “traidores”, “tránsfugas”, “mafia de intelectuales”, “seudoizquierdistas”, “seudorrevolucionarios”**. “Rechazamos las pretensiones de **la mafia de intelectuales** burgueses **seudoizquierdistas** de convertirse en la conciencia crítica de la sociedad” (Libre 1990, 121).

Los líderes de la revolución cubana saben que el éxito de su experiencia revolucionaria ha creado un precedente en el continente americano en su lucha contra el “imperialismo” norteamericano y las incursiones capitalistas en los asuntos de los países latinos. También, saben que los intelectuales anticapitalistas se inspiran en su modelo que fue determinante para el fenómeno del Boom y, por eso quizás, no esperaban que sean cuestionados por ellos ni recibir sus críticas. Graciela Ferrero lo expresa contundentemente al decir que:

No debemos olvidar que el triunfo de la Revolución Cubana es uno de los factores determinantes del Boom. Lo es por la mera fuerza de las circunstancias políticas, que proyectan hacia el centro del ruedo político internacional a una isla, Cuba, y con ella, a un Continente olvidado. (Ferrero 2011, 160)

El escritor peruano, Mario Vargas Llosa, uno de los creadores de *LIBRE* y artífice de la carta enviada a Castro, fue algo lejos en su crítica enviando, desde Barcelona, una carta de renuncia como miembro de la revista *Casa de las Américas*, con fecha del 5 de mayo de 1971, y dirigida a su directora, Dña. Haydée Santamaría, en la que muestra su malestar por lo que él llama “lastimoso espectáculo” aquello de obligar a Heberto Padilla a una

confesión forzosa. En la carta, M. V. Llosa carga contra los métodos “Stalinistas” ejercidos por el régimen cubano contra muchos escritores en la isla, llegando a confesar que éste no es el tipo de socialismo que él quiere para su país. Una declaración que suena a divorcio definitivo entre el escritor y la revolución cubana.

Obligar a unos compañeros, con métodos que repugnan la dignidad humana, a acusarse de traiciones imaginarias y a firmar cartas donde hasta la sintaxis parece policial, es la negación de lo que me hizo abrazar desde el primer día la causa de la Revolución Cubana: su decisión de luchar por la justicia sin perder el respeto a los individuos. No es éste el ejemplo de socialismo que quiero para mi país. (Libre 1990, 122)

La carta de renuncia no sentó nada bien a una de las mujeres más fuertes y heroína de la Revolución cubana, y directora de la revista *Casa de las Américas* que ella misma creó en 1961, convirtiéndose por unos años, en el centro cultural revolucionario de toda América Latina. Su reacción ante la renuncia de Vargas Llosa fue una mezcla de ira, de furia e indignación. La contestación de Haydée Santamaría, fue larga y tendida, acusándole de trabajar a favor del enemigo y contra los principios de la revolución que hombres como Martí, Bolívar o el Che han defendido. “Su propia Carta vergonzosa”, “Usted, la viva imagen del escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos, vanidoso”, “Hombres como usted, que anteponen sus mezquinos intereses personales a los intereses dramáticos de lo que Martí llamó nuestras ‘dolorosas Repúblicas’, están de más en este proceso” (Libre 1990, 124).

Las acusaciones y contra-acusaciones no hacen más que empezar. Desde París, se armó una segunda⁵⁴ carta firmada por 62 intelectuales de todo el

⁵⁴ Los 62 firmantes de la segunda Carta dirigida al comandante Castro: Claribel Alegría, Simone de Beauvoir, Fernando Benítez, Jacques Laurent Bost, Ítalo Calvino, José María Castellet, Fernando Claudin, Roger Dosse, Tamara Deutscher, Marguerite Duras, Giulio Einaudi, Hans Magnus Enzensberger, Francisco Fernández Santos, Darwin Flakoll, Jean Michel Fossey, Carlos Fanquí, Carlos Fuentes, Juan García Hortelano, Jaime Gil de Biedma, Angel González, Adriano González León, André Gortz, José Agustín Goytisolo, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Rodolfo Hinoztrosa, Mervin Jones, Monti Johnstone, Monique Lange, Michel Leiris, Lucio Magri, Joyce

mundo, publicada en *le Monde* y dirigida, otra vez, al comandante Fidel Castro. Muchos de ellos eran firmantes de la primera carta, apareciendo, además, otros nombres de peso internacional como el filósofo húngaro István Mészáros y la escritora franco-rusa Nathalie Sarraute. Y, al mismo tiempo, desaparecieron otros nombres que no lo tenían nada claro en este asunto de Padilla, como el escritor argentino Julio Cortázar, el pintor italiano Valerio Adami o el pintor y escultor español Eduardo Arroyo.

Fue una carta más significativa en la redacción de su estilo que no deja lugar a dudas del enfado de los intelectuales por los métodos utilizados por el gobierno cubano con sus ciudadanos. La comparecencia de Heberto Padilla autoacusándose de traidor y humillándose en la U.N.E.A.C. junto con otros paisanos suyos, fue algo que no eran capaces de dejar pasar de largo. Otros compañeros de Padilla fueron tratados de la misma manera y comparecieron junto con él, en un acto celebrado en el U.N.E.A.C. estos son: Belkis Cuza, Días Martínez, César López y Pablo Armando Fernández. Este es un fragmento de la carta:

Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto padilla sólo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. (...)El desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano –campesino, obrero, técnico o intelectual- pueda ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas. (Libre 1990, 124)

Mansour, Dacia Maraini, Juan Marsé, Dionys Mascolo, Plinio Mendoza, István Mészáros, Ray Miliban, Carlos Monsivais, Marco Antonio Montes de Oca, Alberto Moravia, Maurice Nadeau, José Emilio Pacheco, Pier Paolo Pasolini, Ricardo Porro, Jean Pronteau, Paul Robeyrolles, Alain Resnais, José Revueltas, Rossan Rossanda, Vicente rojo, Claude Roy, Juan Fulfo, Nathalie Sarraute, Jean Paul Sartre, Jorge Semprún, Jean Shuster, Susan Sontag, Lorenzo Tornabuoni, José Miguel Ullán, José Ángel Valente, Mario Vargas Llosa.

La respuesta desde Cuba no se hizo esperar. Con fecha del 24 de mayo de 1971, Heberto Padilla firma, supuestamente, una carta contestando a la carta dirigida a Fidel y publicada en diario *Le Monde*. La carta, en su estilo, no difiere tanto de aquella firmada por Haydée Santamaría. Muchas acusaciones a los escritores que viven fuera de la isla. “enemigos enmascarados con disfraces”, “Narcisistas del arte y la filosofía”, “creadores de filosofía derrotista”. Se hace sospechar que la redacción de todas las cartas surge de los servicios de Seguridad del Estado Cubano. Hasta la sintaxis parece policial, según decía Vargas Llosa.

Yo leo esta nueva carta de ustedes y siento vergüenza por constatar toda la perfidia que puede emerger desde el seno de determinados sectores culturales, veo a los enemigos de siempre enmascarados con disfraces de poetas, cineastas, pintores, o ensayistas unidos a otros que al fin se quitan las caretas de filósofos o pensadores marxistas, para enseñarnos la verdadera cara de viejos creadores de filosofía derrotista y reaccionaria y para actuar como lo que son: enemigos feroces del socialismo, por más que lo niegan. Narcisistas del arte y la filosofía, a miles de millas de nuestras costas y de nuestros problemas. (Libre 1990, 125)

El encarcelamiento de Heberto Padilla y su posterior confesión, en marzo y abril del año 1971, marcaron el principio del fin entre los intelectuales de todo el mundo y el gobierno de Fidel Castro. Heberto Padilla fue obligado a leer en la U.N.E.A.C. una autocrítica redactada por los servicios de seguridad cubano, acusándose de haber «conspirado contra la Revolución». Llegó a acusar, incluso, a su esposa Belkis Cuza Malé y a muchos otros escritores cubanos. El gobierno utilizó a Padilla como ejemplo para dejar claro su alineamiento a la política cultural soviética y, además, para sofocar cualquier pretensión de una política cultural más abierta. Las restricciones a los intelectuales, en cuanto a la libertad de expresión y de crítica, abre una nueva etapa en la política cubana, totalmente, contraria a la explosión creativa revolucionaria de los años sesenta. Son precisamente estas restricciones las que animaron a muchos intelectuales de todo el mundo a reaccionar contra el encarcelamiento de Padilla y los métodos usados contra él.

Muchos otros intelectuales de izquierda europeos y latinoamericanos, simpatizantes de la Revolución Cubana, firmaron otras dos cartas enviadas a Fidel Castro, donde cuestionaron primeramente el encarcelamiento y posteriormente la autoconfesión pública de Padilla. La carta publicada en el periódico *Le Monde*, el 9 de abril de 1971, alertaba sobre cómo el encarcelamiento del escritor podría debilitar el «símbolo» y el «estándarte» que la Revolución Cubana representaba para los latinoamericanos. (Miskulin 2010, s/p)

A partir de la nueva carta enviada a Fidel Castro desde París, se abrió un debate intelectual acerca de la revolución cubana y, al mismo tiempo, empezó a notarse un tipo de fisuras entre los intelectuales acerca de su posicionamiento para con la revolución cubana. Se sumaron al debate intelectuales desde todos los países latinoamericanos y europeos. Las opiniones de muchos fueron muy críticas con el cambio de actitud en la política cubana; otros, sin embargo, seguían creyendo en las aportaciones del gobierno cubano y entendían sus actitudes de lucha contra el imperialismo. Algunos, no quería mostrar su postura y se limitaban a “entender” el enfado de los intelectuales, pero sin llegar a romper con la revolución y sus símbolos. Este debate estuvo presente, también, en la mayoría de revistas y periódicos en Latinoamérica; las revistas mexicanas *Plural* y *Vuelta*, por ejemplo, fueron testigo de este gran debate que ha supuesto el comienzo de la división y las fisuras en el seno de la familia revolucionaria.

El 19 de mayo de 1971, Mario Vargas Llosa hizo una declaración donde quiso dejar claro que no se debe usar su nombre para atacar a la revolución cubana, según el escritor peruano, su renuncia a formar parte del Comité de la Revista la *Casa de las Américas*, fue un acto de protesta por un hecho determinado que consiste en el “caso Padilla” pero, de ningún modo, él quiere difamar o atacar a la revolución cubana que considera un éxito para los cubanos y para los pueblos de Latinoamérica. Esta matización de Vargas Llosa, nos pone ante un intelectual que sigue creyendo en las hazañas de la Revolución cubana y su posible aportación al conjunto de América latina.

Pero que no se engañe nadie: con todos sus errores, la Revolución cubana es, hoy mismo, una sociedad más humana y más justa que cualquier

otra sociedad latinoamericana, y defenderla contra sus enemigos es para mí un deber más apremiante y honroso que el de criticarla. (Libre 1990, 126)

La intervención masiva de muchos intelectuales para dar su opinión acerca del “caso Padilla”, muestra hasta qué punto, las cosas no están muy claras para muchos de ellos en cuanto a la gestión de las libertades y el derecho a la crítica que venía predicando la propaganda revolucionaria cubana. Muchos intelectuales recuerdan, en sus intervenciones, el golpe estalinista y sus prácticas dictatoriales contradictorias a la esencia de la revolución bolchevique y la herencia de Lenin. Un temor legítimo, viendo las circunstancias que pasan en la isla y la persecución perenne a los intelectuales revolucionarios, por el mero hecho de mostrar su desacuerdo en la gestión de algunos asuntos que atañen asuntos relacionados con las libertades privadas y colectivas de las personas. El poeta mexicano Octavio paz, criticó los modos usados por el régimen cubano en el caso padilla, calificando a las autoridades cubanas de iletradas y abyectas, por el estilo lleno de faltas de sintaxis y puntuación, reflejado en la “confesión” del poeta cubano Heberto.

Basta haber leído a Padilla –un escritor dueño de un estilo- para saber que su autocritica no la escribió él: las lamentables faltas de sintaxis y puntuación que la adornan son obra de burócratas tan iletrados como abyectos. La degradación cortesana no es nueva, ni siquiera privativa de nuestro tiempo. La conocieron el imperio chino y el romano... (Libre 1990, 132)

Muchos otros escritores mexicanos, se apuntaron para ofrecer sus opiniones acerca del caso Padilla. Isabel Fraire, se muestra indignada por la carta firmada por Padilla, pero a la vez, dio un dato muy sincero como veraz: aquello de recordar a los intelectuales que el tiempo de diez años que tiene de vida la revolución cubana no es tiempo suficiente para hacer milagros. Fue una de las voces más sensatas que ha procurado ser objetiva en su juicio, librándose de la pertenencia o no pertenencia a la revolución.

La carta firmada por Heberto Padilla, deshonra a quien la redactó, deshonra a quien la firmó, deshonra al destinatario, deshonra a quien la

publicó, deshonra incluso a quien la lee. Lo único que confirma la confesión de Padilla, auténtica o no, es que diez años de revolución no bastan para cambiar la naturaleza humana. (Libre 1990, 133)

Para Juan García Ponce, otro escritor mexicano, “todo el incidente es terrible y significativo. La detención de Heberto Padilla fue un signo alarmante” (Libre 1990, 133). Y no es para menos. Juan Emilio Pacheco, desde México también, emitió un mensaje crítico con las maneras llevadas a cabo con el poeta Padilla y se pregunta dónde reside la traición, si en la misma carta del poeta se demuestra que no cometió ningún delito contrarrevolucionario.

La dolorosa carta de contrición muestra que jamás cometió ningún delito contrarrevolucionario: no puso bombas ni encendió cañaverales ni vendió secretos militares ni estuvo en contacto con el estado mayor norteamericano. Criticó verbalmente algunos aspectos de un gobierno en constante fluidez y perpetuo cambio que no es ni aspira a ser infalible como, nuevamente, el mismo Castro reconoció en su admirable discurso acerca de la zafra. (Libre 1990, 134)

El también escritor mexicano Marco Antonio Montes de Oca reconoce que la carta pronunciada por Padilla fue escrita bajo presiones difíciles de resistir. Es una opinión que alberga un reconocimiento explícito de que las autoridades cubanas están restringiendo las libertades y están persiguiendo a cualquiera que opine diferente. Y sin embargo, él se pronuncia como amigo incondicional de la revolución cubana.

A mí me parece que Heberto Padilla se retracta bajo presiones difíciles de resistir para un ser humano (...) A pesar de toda esta crítica, yo seguiré siendo un amigo no condicionado de la Revolución cubana. (Libre 1990, 134)

La amistad incondicional de algunos intelectuales con la revolución cubana y sus símbolos, es algo que llama la atención en todo el continente latinoamericano. El ansia de sus pueblos para quitar de encima el peso de la alienación y la esclavitud ejercida por el imperialismo norteamericano, ha

hecho de algunos intelectuales unos seguidores o simpatizantes incondicionales de la revolución, que ven en ella la recuperación de algo de su dignidad perdida por el extremismo capitalista y sus titeres en la región latina.

Legítimamente impresionados por la revolución cubana, dejaron de ejercer su capacidad crítica al examinar los mecanismos de un régimen que, por justificado que esté en su total militarización, absoluta centralización del Poder y del espionaje político, no deja de ser un régimen falible. (...) En su esfuerzo por denunciar y vencer a una derecha corrompida y victoriosa en la insolencia de su Poder, la izquierda casi siempre ha abandonado (hay excepciones, es claro) el ejercicio de la crítica y de la lucidez (...) (Rodríguez Monegal 1974, 80).

Julio Cortázar, pese a firmar la primera carta dirigida al comandante Castro, retira su nombre de la lista de escritores firmantes y hace autocrítica, preguntándose sobre el valor de escribir, la importancia del verbo y, al final, acaba dando la razón a las acusaciones de Castro cuando dirigía su acusación a los intelectuales que hablan desde fuera sin saber realmente lo que pasa dentro. Cortázar afirma, contundentemente, su apoyo a la revolución cuando dice que: “Todo escritor, Narciso, se masturba defendiendo su nombre, el occidente lo ha llenado de orgullo solitario. ¿quién soy yo frente a pueblos que luchan por la sal y la vida, con qué derecho he de llenar más páginas con negaciones y opiniones personales” (Libre 1990, 127). Y acaba tomando postura en contra del grupo de los firmantes de la segunda carta, dando razón a Fidel Castro y, sobre todo, ensanchando la brecha que ya empezó entre los intelectuales que se agrupaban alrededor del proyecto de la revista *Libre*.

Tienes razón, Fidel: sólo en la brega hay el derecho al descontento, sólo de adentro ha de salir la crítica, la búsqueda de fórmulas mejores, sí, pero adentro es tan afuera a veces, y si hoy me aparto para siempre del liberal a la violeta, de los que firman los virtuosos textos, porque Cuba no es eso que exigen sus esquemas de bufete, no me creo excepción, soy como ellos, qué habré hecho por Cuba más allá del amor. (Libre 1990, 128)

Otros escritores, paisanos de Cortázar, desde Argentina se apuntaban para enriquecer el debate y convertirlo en asunto universal. Rodolfo Walsh, en un artículo difundido por *Prensa Latina*, opina que: “Todo el procedimiento de los 62 intelectuales me parece una formidable ligereza” (Libre 1990, 135). No es la misma opinión de Marta Traba, que publicó un artículo en *El Tiempo de Bogotá*, criticando los modos del proceso revolucionario cubano que, según ella, quiere hombres que sirven únicamente para trabajar y comer, pero no son capaces de pensar y juzgar. De este modo, la escritora argentina declara su divorcio con la revolución cubana en su totalidad.

El resultado del proceso revolucionario va a ser un hombre que puede llegar a comer y trabajar, pero que no sabrá ni pensar, ni evaluar, ni juzgar correctamente, o sea un hombre incapaz de comprender, que solo repetirá “slogans” irracionales, **entonces siento que mi obligación es romper con la revolución cubana en su totalidad**, y no sólo con su actual política cultural. (Libre 1990, 140)

Otro escritor argentino, David Viñas, en una carta enviada a su amigo cubano Roberto Fernández Retamar, mostraba su discrepancia tanto con las opiniones de los intelectuales que enviaban la carta desde Europa, como con las acusaciones que se emitían contra dichos intelectuales. Según David Viñas, este debate, lo único que hace es distorsionar el discurso y alejar a todo el mundo del eje real donde todos deben aunar sus esfuerzos. Fue un mensaje que llama a la concordia, a la calma y la reconciliación entre los miembros de la misma familia revolucionaria.

Y para dar un paso más adelante: Discrepo mi estimado Roberto, con las apreciaciones de “estalinismo” que hacen los hombres que desde Europa le mandaron una carta a Fidel. Pero también discrepo con quienes, desde la vertiente opuesta, califican de “europeizantes” a aquéllos para descalificarlos en sus juicios. (...) Y estas expansiones sólo distorsionan el problema sacándolo del eje real donde debería situarse: es que bien visto, agravios de este tipo apenas sí resultan anécdotas del discurso. (Libre 1990, 141)

Desde el cono sur, salen voces de intelectuales chilenos para participar en este debate necesario para el futuro de la revolución. Ya no es un rifi-rafi sobre la persecución de un intelectual aislado en la isla, se trata más bien del cambio de las políticas revolucionarias respecto a las libertades individuales y colectivas, y las libertades de opinión y de crítica, que son el eje central del asunto. Carlos Droguett, en una entrevista exclusiva a Prensa Latina, tomó posesión defendiendo, claramente, la postura del gobierno cubano. Su mensaje fue una voz que testimonia esta división entre los propios intelectuales revolucionarios acerca de su manera de hacer revolución.

Me alegro que este poeta, a solas con su conciencia y con su talento, haya vuelto atrás y haya retomado el verdadero rumbo, el que siempre debió tener junto a la revolución. (Libre 1990, 139)

Después de alegrarse por esta iniciativa, según Droguett, personal y voluntaria de Heberto Padilla, pasa a atacar a los firmantes de la carta dirigida al comandante Castro. Sus palabras fueron aún más duras que las que salen del propio aparato revolucionario cubano. Llegó a acusar a muchos escritores de mediocres, calificándoles de segunda categoría, que iban a Cuba solo para fines personales puramente materiales.

Entre ellos hay también muchos señores a quienes yo conocí en Cuba, y que iban a Cuba como quien va a Nueva York a Londres o a Berlín Occidental. Escritores de segunda categoría a quienes lo único que interesaba era obtener algunos dólares, o ron, o unas cajas del mejor tabaco cubano. (Libre 1990, 139)

Mauricio Wacquez, otro escritor chileno se puso en el bando de las autoridades revolucionarias cubanas. Según él, los intelectuales firmantes de la carta fueron un grupo de muñecos dislocados y torpes, que no son capaces de ver la realidad y de analizarla en su justa medida, y sus opiniones difundidas en las revistas literarias, en alusión a “Libre”, son calificadas de “basura”.

Me reconozco culpable de admirar al poeta contrarrevolucionario Heberto Padilla y de ser su amigo, (...) de haber en última instancia

esperado que los intelectuales formaran parte de la masa y no fueran un grupo de muñecos dislocados y torpes cuya “basura” a lo más debe ser recogida por las revistas literarias. (Libre 1990, 140)

Otros intelectuales chilenos, sin embargo, fueron críticos con la revolución cubana. El caso del escritor, Enrique Lihn, quien se pregunta sobre la incapacidad de la Revolución en apoyarse sobre sus intelectuales para sacar su política cultural, en vez de perseguirlos y provocar esta división tan innecesaria como dañina para la imagen de la Revolución tanto dentro como fuera de Cuba.

Nos preguntamos por qué, en lugar de abrumar tardíamente a sus intelectuales, la Revolución Cubana no se apoyó en ellos para proyectar y sacar adelante una política cultural adecuada a sus circunstancias, sin recurrir a un verdadero ritual primitivo, hecho de ocultamientos, confesiones y mistificaciones. (Libre 1990, 140)

Quedando siempre en Sudamérica, el venezolano Adriano González León lanza su crítica al régimen cubano, y anuncia que algo podrido está pasando en Cuba, si no es capaz de aguantar las críticas de un poeta. Ya se empieza a dudar sobre la solidez del régimen y su capacidad de ofrecer soluciones a su pueblo sin recurrir a las amenazas y las torturas innecesarias.

[P]oca solidez pareciera tener un régimen que se siente terriblemente amenazado por las conversaciones y el libro de un poeta. Algo podrido ocurre en Cuba. (Libre 1990, 134)

Pero no todos en Venezuela comparten la misma opinión ni las mismas apreciaciones sobre un régimen que lleva tiempo dando muestras de debilidad. Salvador Garmendia (Venezuela), enviando un telegrama a la revista *Libre*, alineándose con la revolución y denuncia lo que él llama una campaña difamatoria contra el régimen cubano que le implican en torturas “no demostradas” contra sus ciudadanos. Queda claro que estamos ante dos tipos de revolucionarios, acusándose unos a otros sobre los métodos y las maneras de gobernar.

Manifiéstoles mi total adhesión proceso revolucionario cubano y reafirmo que acusaciones no demostradas sobre torturas y procedimientos contrarios dignidad humana alimentan campaña difamatoria contra revolución desatada imperialismo norteamericano. (Libre 1990, 135)

El uruguayo Ángel Rama, en un tono más suave, lanza una crítica sutil al régimen cubano. En un artículo publicado por *Marcha* de Montevideo, y reproducido por la revista *Libre*, el escritor critica la línea cultural cubana que no fue capaz de contener su cólera ante las reacciones surgidas por el caso Padilla.

Es obviamente una insensatez que delata el clima de erizado emocionalismo en que se viene planteando la línea cultural cubana y que se define en la fórmula que ha utilizado Fidel Castro, “ratas intelectuales” para referirse a los escritores de la izquierda que le hacen partícipe de su “Vergüenza” y su “Cólera” por la autocrítica de Padilla. (Libre 1990, 140)

En Uruguay, se hizo una declaración pública de Escritores Uruguayos para dejar claro la postura de muchos escritores uruguayos respecto al caso Padilla y, sobre todo, para dejar claro su incondicional apoyo a la política cultural de la revolución en Cuba. Los firmantes de esta declaración,⁵⁵ quieren ponerse una barrera, como la hizo Castro, entre el intelectual latinoamericano que vive dentro y los demás escritores europeos o latinoamericanos que viven en el exilio europeo.

Deja de ser curioso que la gran protesta por la libertad de Padilla provenga casi exclusivamente de escritores europeos y de latinoamericanos que desde hace muchos años se encuentran desgajados de sus pueblos. (...)

⁵⁵ Walter Achugar; Corium Aharonian; Marioo Arregui; Marcos Banhero; Mario Benedetti; Sarandy Cabrera; Manuel Arturo Craps; Rubén Deugenio; Francisco Espínola; Gerardo Fernández; Hugo García Robles; María Ester Giglio; Mario Handler Jedualdo; Silvia Lago; Cristina Lagorio; Daniel Larrosa; Gracelia Mantaras, Jorge Onetti, Juan Carlos Onetti; Nelly Pacheco; Hernán Piriz; Luiz Rocandio; Cristina Peri Rossi; María Carmen Portela; Luciana Possamay, Alberto Restuccia; Juan Carlos Somma; Carlos Trocone; Teresa Trujillo; Daniel Vidart; Idea Vilarino; José Wainer

Por nuestra parte, queremos dejar testimonio de nuestra confianza en el pleno ejercicio del derecho revolucionario que ha ejercido y ejerce Cuba para defenderse de toda infiltración enemiga... (Libre 1990, 136)

Desde Perú, se publica un llamamiento de intelectuales peruanos para sostener a la revolución cubana y sus líderes, un llamamiento que sirve, además, para desmarcarse de algunos escritores peruanos como es el caso de Vargas Llosa que fue muy vistoso, por el intercambio de cartas entre él y el resto de las instituciones cubanas. Los firmantes –Alejandro Romualdo; Reynaldo Naranjo; Winston Orrillo; Arturo Corcuera; Gonzalo Rose; Pablo Guevara; Gustavo Valcárcel; Eleodoro Vargas Vicuña; Washington Delgado; Alejandro Peralta; Francisco Bendezu–, creen que esta campaña que se libra contra la revolución tiene la intención de desprestigiar los logros de la misma. Los intelectuales peruanos presentes en este llamamiento quieren dejar claro que Mario Vargas Llosa no representa la opinión de todos los peruanos y que ellos siguen siendo fieles a la revolución y sus símbolos.

Creemos que dentro de esta campaña tendiente al desprestigio de la imagen de la Revolución cubana, la carta del escritor Vargas Llosa no es sino un capítulo más de ella, que no representa la opinión general de la intelectualidad revolucionaria peruana. (Libre 1990, 138)

Llama la atención la baja participación española desde la península en este caso Padilla. La cuasi totalidad de los escritores españoles que estuvieron presentes en el debate lo hacían desde el exilio parisino. Un hecho que llama la atención siendo España una dictadura que sufre el autoritarismo franquista. La mayoría de estos escritores no estaban de acuerdo con la política cultural cubana y se apuntaban a todo tipo de crítica al régimen de Fidel Castro, aunque sí existen algunos que confirman su apoyo a la revolución. José Ángel Valente, fue uno de los más críticos al preguntarse si lo que se hacía en la isla es el deseo de los grandes luchadores de la libertad latinoamericana como lo son Martí, Che Guevara o el propio Castro.

Ante esta anticipada imagen del porvenir cubano, bien cabe preguntarse si fue ése en la política, en la prosa y en el verso el sueño de José Martí, si fue ese el sueño del Che, si por esa imagen, en su día, habría combatido realmente el propio Fidel. (Libre 1990, 139)

Casos de escritores como Alfonso Sastre Salvador, quien con un largo texto publicado en la revista *Triunfo* y reeditado en *Libre*, bajo forma de preguntas retóricas a los intelectuales que han firmado la carta, llamándoles la atención sobre la manera precipitada de hacer las cosas ante un régimen que, hasta hace poco, era tan admirado y, de repente, se convierte muy cuestionado y hasta sospechoso.

Los autores de la carta “prefieren” a cualquier otra hipótesis –¿Por qué? ¿Desde qué criterio? ¿Con qué información?– la de una “violencia” ejercida sobre el poeta durante su arresto. (...) ¿No hay una cierta –alegre o, más bien, triste– precipitación en el estigma con que ustedes marcan, como infame, un proceso que hasta ahora les había parecido tan admirable y digno de alabanza? (Libre 1990, 139)

Quiero destacar, en todo este debate, un telegrama que Luigi Nono le envía a Juan Goytisolo con fecha de 22 de mayo, invitándole a cerrar la revista *Libre*. El proyecto literario estaba en el punto de mira de algunos, con el fin de dinamitarlo. Las firmas que reunía la revista, le ha convertido, en poco tiempo, en una autoridad intelectual en todo el mundo hispano.

Te invito suspender publicación revista Libre financiada por Patiño, verdadera ofensa mortal a mineros bolivianos y a todos compañeros de lucha latinoamericana. (Libre 1990, 143)

Una de las críticas que se hacía a la revista es su financiación. Los más contrarios al proyecto libre buscaban pretextos para atacar a la revista y a sus miembros. Siempre se ha dicho que Albina, hija de una familia adinerada que hizo fortuna en las minas de Bolivia, a costa del sudor de los mineros bolivianos, es la que financia la revista. La respuesta de Juan Goytisolo a Luigi Nono no se hizo esperar. El escritor español, presentó una exhausta crítica al modelo socialista stalinista, equiparado al que pretende

plantar Fidel Castro en Cuba y termina contestándole a su invitación para que cierre la revista *Libre*:

Lamento, pues, rehusar la invitación que me formulas de suspender la publicación de *Libre*. Esta revista, que agrupa a los escritores más importantes de lengua española y cuya financiación no tiene ninguna de las implicaciones insidiosas que pretendes asignarle, se creó, justamente para servir a la causa revolucionaria en América latina. (*Libre* 1990, 144)

Como era de esperar, desde la isla salieron las críticas más duras a los intelectuales firmantes de la carta. La declaración de escritores cubanos fue firmada por un número importante de escritores cubanos que cargaron duramente contra ellos: Alicia Alonso; Mirta Aguirre; Fernando Alonso; Santiago Álvarez; Loipa Araujo; Marta Arjona; Félix Beltrán; Alejo Carpentier; Sergio Corrieri; Serio Chaple; Roberto Díaz; Eliseo Diego; Manuel Duchene Cuzán; Jorge Esquivel; Samuel Feijóo; Lina de Feria; Otto Fernández; Roberto Fernández Retamar; José Luciano Franco; Julio García Espinosa; Enriue González Mantiel; Nicolás Guillén; Camila Urena; Sarah Isalgue; Fayad Jamis; Onelio Jorge Cardoso; Eddy López; Raúl Luis; Juan Marinello; Zoilo Marinello; Salvador Massip; Josephina Méndez; Manuel Moreno Fraignals; Lisandro Otero; Luiz Pavón; Félix Pita; Mirta Plá; José Antonio Portuondo; Sidroc Ramos; Julio Le Riverand; Mariano Rodríguez; Luis Suardiaz; Roberto Valdés Aranu; Cynthio Vintier.

A los firmantes de la carta al Primer Ministro,

Las calumniosas cartas dirigidas al Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, desnudan totalmente la actitud de los firmantes no sólo ante nuestro pueblo, sino ante todos los pueblos revolucionarios. (,,) Sus petulantes reconvenciones y “consejitos” son inadmisibles. (...) En esta hora de precisiones ideológicas, ustedes han optado por el campo enemigo. (*Libre* 1990, 141)

Las reacciones de los escritores cubanos no sorprendían a nadie. Su discurso va acorde con las manifestaciones de los dirigentes cubanos. Pocos conocen mejor la situación que estos intelectuales cubanos de la talla de Carpentier o de Cynthio Vintier y, por eso, su reacción llegó algo agresiva

respecto a sus colegas en París, acusándoles de optar por el campo enemigo, que es lo mismo que decantar por el sistema antirrevolucionario, usando las palabras del mismo comandante.

Quizás, de todas las opiniones que surgen desde Latinoamérica, destaca la del escritor colombiano Gabriel García Márquez. Su amistad con casi todos los escritores del exilio parisino, por un lado, y su compromiso irrefutable con la revolución cubana, le ponían en una situación no demasiado cómoda como para pronunciarse a favor de unos o de otros. No apareció el nombre del escritor colombiano en las dos cartas dirigidas al comandante. La profunda amistad que tenía con Plinio no le hizo tambalear sus ideas acerca del proceso revolucionario cubano que prosiguió intacto a lo largo de toda su vida. En una entrevista concedida al periodista Julio Roca de *Diario del Caribe* de Barranquilla, García Márquez intentó mostrar una imparcialidad respecto al Caso Padilla, mostrando respeto a todos los intelectuales firmantes de la carta y, al mismo tiempo, dejar claro su firme compromiso con el proceso revolucionario cubano.

P. – ¿Cuál es, entonces, su posición ante las cartas de protesta de los intelectuales al primer ministro cubano?

R. – Yo no firmé la carta de protesta porque no era partidario de que la mandaran. Sin embargo, en ningún momento pondré en duda la honradez intelectual y la vocación revolucionaria de quienes firmaron la carta. (Libre 1990, 135)

También llama la atención el número de los intelectuales franceses firmantes de las dos cartas por el Caso Padilla. La mayoría de ellos, lo hacían por solidaridad con sus colegas en el exilio y, sobre todo, por el hecho en sí: el de abortar la libertad de expresión como derecho por el cual se lucha en todos los frentes. En una entrevista realizada por *Libre*⁵⁶ al filósofo francés Jean Paul Sartre, en su apartamento de París, a mediados del mes de junio, el insigne filósofo afirma no estar muy informado por su lejanía de los acontecimientos y que todo lo que puede decir son impresiones que se

⁵⁶ La entrevista realizada al filósofo francés J. Paul Sartre, aparece en el cuarto y último número de la revista *Libre*.

deducen por ciertos hechos que se hacen recientemente en Cuba que difieren totalmente de Cuba que conoció y visitó anteriormente.

Libre: A propósito de Cuba, en los últimos meses ha habido un gran debate principalmente en el mundo intelectual latinoamericano sobre la evolución de la revolución cubana y particularmente de su política cultural. ¿Qué piensa usted al respecto?

Respuesta de J.P. Sartre: Estoy demasiado lejos de los acontecimientos para darles un juicio definitivo. Tengo la impresión, sin embargo, que ciertos hechos como el “affaire” Padilla revelan un control de la cultura que no existía cuando yo estuve allí. (...) No lo sé; no tengo elementos suficientes para discutirlos. En todo caso, nada de eso ocurría la primera vez que fui a Cuba.” (Libre 1990, 490)

V. Conclusión

El debate generado sobre el Caso Padilla por las implicaciones ideológicas que supone, ha traspasado todas las fronteras. Muchos de los colaboradores de la revista *Libre* han estimado necesario fijar su posición al respecto, pero también otros intelectuales desde Latinoamérica y otros países del mundo lo han hecho para dar su opinión y dejar claro su postura acerca del proceso revolucionario cubano. Las opiniones que han expresado, muestran hasta qué punto hay matices y diferencias en la evaluación de un mismo hecho, por parte de la izquierda que se siente acorralada por el acoso imperialista norteamericano.

Las huellas de la debacle del bando soviético dieron sus síntomas en la isla. Los defensores de la izquierda habían mostrado fisuras y diferencias en las maneras de hacer revolución. El apoyo unánime al proceso revolucionario cubano en los años sesenta, por parte de los intelectuales de la izquierda internacional, vivió unos momentos decisivos y unas dudas acerca de las maneras llevadas adelante por los dirigentes cubanos. El Caso Padilla, llegó en un momento decisivo y en pleno conflicto ideológico. El debate y la discusión generada acerca de la libertad de expresión, tuvo esencialmente dos consecuencias, a nuestro parecer, muy importantes.

La primera, es poner fin a la unanimidad intelectual de la izquierda respecto a su apoyo al proceso revolucionario cubano. Lo que supone el comienzo del éxito del bando contrario representado en la maquinaria capitalista.

La segunda consecuencia, consiste en acabar con un proyecto literario ambicioso, reflejado en la Revista *Libre*. Un dato que refleja que la izquierda está cuestionando un modelo que hasta hace unos años tenía apoyo incondicional de los intelectuales de la izquierda y de todos los pueblos que se sienten injustamente tratados.

Y aunque la vida de la revista fue demasiado corta dejó, sin embargo, unas huellas impresionantes en la vida intelectual de los escritores latinos e hispanoamericanos. Fue un proyecto ambicioso, sin precedentes, debido a la categoría de los colaboradores que componían la revista. Los textos publicados eran de gran categoría literaria y mucha carga ideológica debido a las circunstancias de la época.

Termino esta aportación con una declaración de Goytisolo, muchos años después del cierre de la revista, donde dejaba claro que los recuerdos de la revista *Libre* eran imborrables para todos aquellos que participaron en los breves e intensos números de la revista.

[M]e recordó de pronto una habitación conocida. [...] Mientras mis acompañantes elegían el menú de la cena, empecé a recomponer mentalmente, tras el decorado marroquí de circunstancias, la disposición de los muebles de esa antigua oficina de Libre [...] [que] había desempeñado [...] un papel importante en mi vida y la de un puñado de escritores de lengua castellana. (Goytisolo 1986, 39)

Referencias

- Barrios, Francisco. 2010. “¿Por qué Plinio que era tan bueno se volvió tan malo?”. *Arcadia*, 11/09/2010. Disponible en: <https://www.revistaarcadia.com/imprensa/articulo/por-que-plinio-tan-bueno-volvio-tan-malo/23295>
- Cezar Miskulin, Sílvia. 2010. “La Revolución Cubana y el caso Padilla en las revistas *Plural* y *Vuelta*”. *Centro de Estudios Avanzados. Universidad Nacional de Córdoba* 23.
- Guevara, Ernesto “Che”. 1969. “El sectarismo.” (Final de una conferencia pronunciada el 18 de mayo de 1962, ante los miembros del Departamento de Seguridad del Estado en Habana.) En *Che*, págs. 460-464. Habana: Ediciones políticas. Editorial de Ciencias Sociales. Instituto del Libro. Edición limitada de la Dirección Política del Miistrerio de las Fuerzas Armadas. Reproducida en *Libre*.
- Ferrero, Graciela. 2011. “La revista Libre y el Ethos político revolucionario”. *Mitologías Hoy* 9: 158-167.
- Gilman, Claudia. 1996. “Intelectuales “LIBRES” o intelectuales “REVOLUCIONARIOS”: El caso de la REVISTA LIBRE. Política y cultura sobre un campo minado”. *AMERICA. Cahier du Criccal* 15-16.
- Goytisolo, Juan. 1986. *En los reinos de taifa*. Barcelona: Seix Barral.
- LIBRE*. Revista de crítica literaria (1971-1972). 1990. Edición Fascimilar. Introducción de Plinio Apuleyo Mendoza. México: El Equilibrista, Ediciones Turner.
- Rodríguez Monegal, Emir. [1971] 1998. “Segunda carta de los intelectuales europeos y latinoamericanos a Fidel Castro”. En *Fuera del juego*, de Heberto Padilla. Miami: Ediciones Universal.
- Sánchez López, Pablo. 2005. “El proyecto literario y político de la revista *Libre*”. *Revista Iberoamericana* 17: 29-39.